

Javier Marías  
Así empieza lo malo



En el Madrid excitado de 1980, Muriel encarga al joven De Vere que investigue y sonsaque a un amigo suyo de media vida, el Doctor Jorge Van Vechten, de cuyo indecente comportamiento en el pasado le han llegado rumores. Pero Juan no se limitará a eso y tomará dudosas iniciativas, porque, como él mismo reconoce desde su edad madura, «los jóvenes tienen el alma y la conciencia aplazadas».

Así descubrirá que no hay justicia desinteresada, sino que está siempre contaminada por el rencor personal, y que todo perdón o castigo son arbitrarios, los individuales y los colectivos. Con su prosa inteligente y profunda, Javier Marías nos da también una novela sobre el deseo, que a menudo se impone a todo escrúpulo, lealtad o respeto, y sobre nuestra imperfecta contemplación de los hechos, siempre tuerta: a veces por fuerza, a veces por entera decisión nuestra.

*Para Tano Díaz Yanes,  
tras cuarenta y cinco años de amistad, por echar-  
me siempre un capote cuando el toro se me viene  
encima*

*Y para Carme López Mercader,  
que inverosímilmente no se ha cansado de escu-  
charme. Aún no*

I

No hace demasiado tiempo que ocurrió aquella historia — menos de lo que suele durar una vida, y qué poco es una vida, una vez terminada y cuando ya se puede contar en unas frases y sólo deja en la memoria cenizas que se desprenden a la menor sacudida y vuelan a la menor ráfaga—, y sin embargo hoy sería imposible. Me refiero sobre todo a lo que les pasó a ellos, a Eduardo Muriel y a su mujer, Beatriz Noguera, cuando eran jóvenes, y no tanto a lo que me pasó a mí con ellos cuando yo era el joven y su matrimonio una larga e indisoluble desdicha. Esto último sí seguiría siendo posible: lo que me pasó a mí, puesto que también ahora me pasa, o quizá es lo mismo que no se acaba. E igualmente podría darse, supongo, lo que sucedió con Van Vechten y otros hechos de aquella época. Debe de haber habido Van Vechtens en todos los tiempos y no cesarán y continuará habiéndolos, la índole de los personajes no cambia nunca o eso parece, los de la realidad y los de la ficción su gemela, se repiten a lo largo de los siglos como si carecieran de imaginación las dos esferas o no tuvieran escapatoria (las dos obra de los vivos, a fin de cuentas, quizá haya más inventiva entre los muertos), a veces da la sensación de que disfrutáramos con un solo espectáculo y un solo relato, como los niños muy pequeños. Con sus infinitas variantes que los disfrazan de anticuados o novedosos, pero siempre en esencia los mismos. También debe de haber habido Eduardos Muriel y Beatrices Noguera por tanto, en todos los tiempos, y no digamos los comparsas; y Juanes de Vere a patadas, así me llamaba y así me llamo, Juan Ve-

re o Juan de Vere, según quién diga o piense mi nombre. Nada tiene de original mi figura.

Entonces no había todavía divorcio, y aún menos podía esperarse que lo volviera a haber algún día cuando Muriel y su mujer se casaron unos veinte años antes de que yo me inmiscuyera en sus vidas, o más bien fueron ellos los que atravesaron la mía, apenas la de un principiante, como quien dice. Pero desde el momento en que está uno en el mundo empiezan a pasarle cosas, su débil rueda lo incorpora con escepticismo y tedio y lo arrastra desgánadamente, pues es vieja y ha triturado muchas vidas sin prisa a la luz de su holgazana vigía, la luna fría que dormita y observa con sólo un párpado entreabierto, se conoce las historias, antes de que acontezcan. Y basta con que se fije alguien en uno —o le eche un ojo indolente— y ya no podrá sustraerse, aunque se esconda y permanezca quieto y callado y no tome iniciativas ni haga nada. Aunque uno quiera borrarse ya ha sido avistado, como un lejano bulto en el océano del que no se puede hacer caso omiso, al que ya hay que esquivar o acercarse; cuenta para los demás y los demás cuentan con uno, hasta que desaparece. Tampoco fue esa mi circunstancia, al fin y al cabo. No fui del todo pasivo ni fingí ser un espejismo, no intenté hacerme invisible.

Siempre me he preguntado cómo es que la gente se atrevía a contraer matrimonio —y se ha atrevido durante siglos— cuando eso tenía un carácter definitivo; en especial las mujeres, a las que resultaba más arduo encontrar desahogos, o debían esmerarse el doble o el triple en ocultarlos, el quintuple si regresaban de esos desahogos con carga y entonces habían de enmascarar a un ser nuevo desde antes de que se le configurara un rostro y pudiera asomarlo a la tierra: desde el instante de su concepción, o de su detección, o de su presentimiento —no digamos desde el de su anuncio—, y convertirlo en impostor durante su existencia entera, a menudo sin que él se enterara nunca de su impostura ni de su procedencia bastarda, ni siquiera cuando

era un ser viejo y estaba ya a punto de no ser más detectado por nadie. Incontable es el número de criaturas que han tomado por padre a quien no lo era suyo y por hermanos a quienes lo eran a medias, y se han ido a la tumba con la creencia y el error intactos, o es el engaño a que las sometieron las impávidas madres desde su nacimiento. A diferencia de las enfermedades y de las deudas —las otras dos cosas que en español más se «contraen», las tres comparten el verbo, como si todas fueran de mal pronóstico o de mal agüero, o trabajosas en todo caso—, para el matrimonio era seguro que no había cura ni remedio ni saldo. O sólo los traía la muerte de uno de los cónyuges, a veces largamente ansiada en silencio y menos veces procurada o inducida o buscada, por lo general aún más en silencio o era más bien en indecible secreto. O la muerte de los dos, por supuesto, y entonces ya no había más nada, sólo los ignorantes hijos habidos, si los había habido y sobrevivían, y un breve recuerdo. O una historia acaso, en ocasiones. Una historia tenue y casi nunca contada, como no suelen contarse las de la vida íntima —tantas madres impávidas hasta el último aliento, y también tantas no madres—; o tal vez sí, pero en susurros, para que no sean del todo como si no hubieran sido, ni se queden en la muda almohada contra la que se aplastó la cara en llanto, ni tan sólo a la vista del soñoliento ojo entreabierto de la luna centinela y fría.

Eduardo Muriel tenía un bigote fino, como si se lo hubiera dejado crecer cuando el actor Errol Flynn era un modelo y luego se le hubiera olvidado enmendarlo o espesarlo, uno de esos hombres de costumbres fijas en lo relativo a su aspecto, de los que no se enteran de que pasa el tiempo y las modas cambian ni de que van envejeciendo —es como si eso no les incumbiera y lo descartaran, y se sintieran a salvo del transcurso—, y hasta cierto punto llevan razón en no preocuparse ni hacer caso: al no acoplarse a su edad la mantienen a raya; al no ceder a ella en lo externo acaban por no asumirla, y así los años, temerosos —se envalentonan con casi todo el mundo—, los rondan y los bordean pero no se atreven a adueñarse de ellos, no se asientan en su espíritu ni tampoco invaden su apariencia, sobre la que tan sólo van arrojando una muy lenta aguanieve o penumbra. Era alto, bastante más que la media de sus compañeros de generación, la siguiente a la de mi padre si es que no aún la misma. Se lo veía fuerte y estilizado por eso, al primer golpe de vista, aunque su figura no resultaba varonil ortodoxa: era algo estrecho de hombros para su estatura, lo cual hacía parecer que el abdomen se le ensanchaba pese a no sufrir gordura alguna en esa zona ni impropias caderas protuberantes, y de allí le surgían unas piernas muy largas que no sabía colocar cuando estaba sentado: si las cruzaba (y era lo que prefería hacer con ellas, dentro de todo), el pie de la que quedaba encima alcanzaba el suelo naturalmente, eso que algunas mujeres ufanas de sus pantorrillas —no desean mostrar una colgando, ni engrosada o deformada por la rodilla que la aguanta— logran con artifi-



cialidad y escorzo y la ayuda de sus tacones altos. Por esa estrechez de sus hombros Muriel solía llevar chaqueta con hombreras muy disimuladas, yo creo, o bien el sastre se las confeccionaba con leve forma de trapecio invertido (todavía en los años setenta y ochenta del pasado siglo acudía al sastre o este lo visitaba en su casa, cuando eso ya era infrecuente). Tenía una nariz muy recta, sin asomo de curvatura pese a su buen tamaño, y en el cabello tupido, peinado a raya con agua como seguramente se lo había peinado desde niño su madre —y él no había visto razón para contravenir aquel remoto dictamen—, le brillaban algunas canas dispersas por el dominante castaño oscuro. El bigote fino atenuaba poco lo espontáneo y luminoso y juvenil de su sonrisa. Se esforzaba por refrenarla o guardarla, no lo conseguía a menudo, había un fondo de jovialidad en su carácter, o un pasado que emergía sin que hubiera que lanzar la sonda a grandes profundidades. Tampoco se lo convocaba, no obstante, en aguas muy superficiales: en ellas flotaba cierta amargura impuesta o indeliberada, de la que no debía de sentirse causante, sino si acaso víctima.

Pero lo más llamativo para quien lo veía por primera vez en persona, o en una foto frontal de prensa, muy escasas, era el parche que lucía sobre el ojo derecho, un parche de tuerto de lo más clásico, teatral o aun peliculero, negro y abultado y bien ceñido por una fina goma elástica de igual color que le cruzaba en diagonal la frente y se ajustaba bajo el lóbulo de la oreja izquierda. Siempre me he preguntado por qué esos parches tienen relieve, los que no se limitan a tapar, de tela, sino los que quedan inamovibles y como encajados y son de no sé qué material rígido y compacto. (Parecía baquelita, y daban ganas de tamborilear sobre él con el rosa de las uñas para saber cómo era al tacto, lo que nunca osé averiguar con el de mi empleador, como es lógico; sí supe en cambio cómo sonaba, pues a veces, cuando estaba nervioso o se irritaba, pero también cuando se detenía a pensar antes de soltar una sentencia o un par-

lamento, con el pulgar bajo la axila como si fuera la diminuta fusta de un militar o un jinete que pasan revista a sus tropas o a sus cabalgaduras, Muriel hacía eso exactamente, tamborileaba sobre su parche duro con el blanco o filo de las uñas de la mano libre, como si invocara en su auxilio al globo ocular inexistente o que no servía, debía de gustarle el sonido y en efecto era grato, cric cric cric; daba un poco de grima, sin embargo, verlo llamar así al ausente, hasta que se acostumbraba uno a ese gesto). Quizá ese bulto busca producir la impresión de que debajo hay un ojo, aunque tal vez no lo haya, sino una cuenca vacía, un hueco, una hondura, un hundimiento. Quizá esos parches sean convexos precisamente para desmentir la concavidad horrenda que ocultan, en algunos casos; quién sabe si no irán rellenos de una acabada esfera de cristal blanco o de mármol, con su pupila y su iris pintados con realismo ocioso, perfectos, que jamás ha de verse, envuelta en negro, o que tan sólo verá su dueño, terminado el día, al destapársela cansado ante el espejo, y extraérsela acaso.

Y si eso llamaba la atención inevitablemente, no menos atraía el ojo útil y al descubierto, el izquierdo, de un azul oscuro e intenso, como de mar vespertino o casi ya anochecido, y que, por ser sólo uno, parecía captarlo todo y darse cuenta de todo, como si se hubieran concentrado en él las facultades propias y las del otro invisible y ciego, o la naturaleza hubiera querido compensarlo con un suplemento de penetración por la pérdida de su pareja. Tantas eran la fuerza y la rapidez de ese ojo que yo, gradual y disimuladamente, intentaba situarme a veces fuera de su alcance para que no me hiriera con su mirar agudo, hasta que Muriel me reconvenía: «Échate un poco a la derecha, ahí casi te sales de mi campo visual y me obligas a contorsionarme, recuerda que es más limitado que el tuyo». Y al principio, cuando mi vista no sabía dónde posarse, dividida mi atención entre el ojo vivo y marítimo y el parche muerto y magnético, no tenía inconveniente en llamarme al orden: «Juan,

te estoy hablando con el ojo que ve, no con el difunto, así que haz el favor de escucharme y no distraerte con el que no suelta palabra». Muriel hacía así abierta referencia a su visión demediada, a diferencia de quienes extienden un incómodo velo de silencio sobre cualquier defecto o minusvalía propios, por muy conspicuos y aparatosos que sean: hay mancos desde la altura del hombro que jamás reconocen las dificultades impuestas por la manifiesta falta de un miembro y poco menos que pretenden hacer malabares; cojos que emprenden con una muleta la escalada del Annapurna; ciegos que continuamente van al cine y alborotan en los tramos sin diálogos, en los más visuales, quejándose de que está desenfocado; inválidos en sillas de ruedas que fingen desconocer ese vehículo y se empeñan en trepar peldaños desdeñando las numerosas rampas que se les ofrecen hoy en todas partes; calvos morondos que hacen aspavientos de estarse despeinando a lo bestia, la imaginaria cabellera endemoniándoseles, cuando se desata una ventolera. (Allá todos ellos, son muy libres, no se me ocurre criticarlos).

Pero la primera vez que le pregunté qué le había pasado, cómo le había enmudecido el ojo callado, me contestó tan cortante como lo era en ocasiones con la gente que lo impacientaba y rara vez conmigo, a quien solía tratar con benevolencia y afecto: «Vamos a ver si nos entendemos: no te tengo aquí para que me hagas preguntas sobre cuestiones que no te incumben».

En ese principio no era mucho lo que me incumbía, aunque eso cambió pronto, basta con tener a alguien disponible, a mano, a la espera, para irle confiando o creando tareas; y «aquí» significaba en su casa, si bien al cabo de cierto tiempo pasó a equivaler vagamente a «a mi lado», cuando hube de acompañarlo en algún que otro viaje, o visitarlo en un rodaje, o decidió incorporarme a cenas y timbas de amigos, más que nada para hacer bulto, yo creo, y contar él con un testigo admirativo añadido. En sus rachas más extravertidas, que por fortuna no escaseaban —o habría que decir menos melancólicas o aun misantrópicas, iba con regularidad de un extremo al otro, como si su ánimo viviera en un balancín más bien pausado que a veces se aceleraba frente a su mujer de golpe, por causas que yo no me explicaba y debían de ser muy lejanas—, le gustaba tener público y ser escuchado, o incluso que se lo jaleara un poco.

En su casa no era infrecuente, cuando nos reuníamos por la mañana para que me diera instrucciones si las había y si no discursara un rato, encontrármelo tumbado boca arriba en el suelo del salón o del estudio adyacente (las dos piezas separadas por una puerta de hojas correderas que casi siempre estaban abiertas, luego las piezas quedaban unidas de hecho, formando un amplio y único espacio). Quizá optaba por eso en vista de sus dificultades para colocar las piernas sentado y se sentía más cómodo así, cuando largo era sin impedimentos ni topes, tanto sobre la alfombra del salón como sobre la tarima del despacho. Claro que cuando andaba por tierra no vestía sus chaquetas, que se le habrían arrugado en exceso, sino camisa con chaleco o jer-

sey de pico encima y, eso sí, siempre corbata, por edad debía de parecerle imprescindible esa prenda, estando en la ciudad al menos, pese a que en aquellos años las normas indumentarias hubieran saltado ya por los aires. La primera vez que lo vi de este modo —tirado como una cortesana decimonónica o como un accidentado contemporáneo— me pilló de sorpresa y me alarmé, creyendo que habría sufrido un ictus o se habría desmayado, o dado un golpe y caído y que no habría podido levantarse.

—¿Qué le ocurre, Don Eduardo? ¿Se siente mal? ¿Lo ayudo? ¿Ha resbalado? —Me acerqué solícito, las dos manos extendidas para alzarlo. Tras leve forcejeo (él me instaba a tutearlo sin más), habíamos acordado que lo llamaría de usted sin el «Don» delante, pero a mí me costaba mucho no anteponérselo, me salía naturalmente y se me escapaba.

—Qué tontería —me contestó desde el suelo, sin hacer el menor ademán de incorporarse ni avergonzarse por mi presencia; me miró las manos salvadoras como si fueran dos moscas que revoloteaban y lo perturbaban—. ¿No ves que estoy fumando tan tranquilamente? Ea. —Y blandió en alto, ante mi cara, una pipa bien agarrada por la cazoleta. Fumaba sobre todo cigarrillos, y sólo estos fuera de casa, pero en ella los alternaba con pipa, como si quisiera completar un cuadro que por lo demás pocos veíamos (tampoco la sacaba a relucir en las ocasionales fiestas que daba, la mayoría improvisadas), debía de quererlo completar para sí mismo: parche, pipa, bigote fino, abundante pelo con raya alta, ropa de sastre, chaleco a veces, era como si inconscientemente se hubiera quedado adherido a la imagen de los galanes de cuando él era niño y adolescente, en los años treinta y cuarenta, no sólo a la de Errol Flynn (por antonomasia, y con quien compartía la sonrisa fulgente), sino a la de actores hoy mucho más nebulosos como Ronald Colman, Robert Donat, Basil Rathbone, incluso David Niven y Robert Taylor que duraron más tiempo, tenía un aire a to-

dos ellos pese a que entre sí fueran distintos. Y, puesto que era español, en algún momento recordaba a los más tostados, aún más diferenciados y exóticos Gilbert Roland y César Romero, sobre todo al primero, cuya nariz era grande y sin curva como la suya.

—¿Y qué hace tirado en el suelo, si se lo puedo preguntar? No es más que curiosidad, no que lo repruebe, líbreme Dios. Deseo de entender sus hábitos, eso es todo. Si es que es un hábito.

Hizo un resignado gesto de impaciencia, como si mi extrañeza le resultara consabida y ya hubiera tenido que dar las mismas explicaciones con anterioridad a otros.

—Nada fuera de lo común. Qué hay, lo hago a menudo. No hay nada que entender, y sí, es un hábito mío. ¿Es que no puede uno estar tendido sin que le pase nada, sólo por gusto? Y por conveniencia.

—Claro que sí, Don Eduardo, puede usted hacer equilibrios si se le antoja, faltaría más. Hasta con platillos chinos. —Deslicé este comentario con alevosía, para dejar constancia de que su postura no era tan normal como él pretendía, no en un hombre maduro, y padre de familia para mayor contraste, pues andar por los suelos es propio de jovencitos y niños, y él tenía tres en casa. Tampoco estaba seguro de que se llamaran platillos chinos lo que se me vino a la mente, se hacen girar varios a la vez sobre la punta de sendas varas flexibles, largas y finas, cada una apoyada en la yema de un dedo, creo, no tengo ni idea de cómo se consigue ni de con qué propósito. Debió de entenderme, en todo caso—. Pero ahí tiene usted dos sofás —añadí, y señalé hacia atrás, hacia el salón, él estaba tumbado en el despacho—. No me habría alarmado lo más mínimo encontrármelo sobre uno de ellos, incluso dormido o en trance. Pero en el suelo, con todo el polvo... No es lo que uno se espera, perdone.

—¿En trance? ¿Yo, en trance? ¿Cómo en trance? —Eso pareció haberlo ofendido, pero le asomó media sonrisa, co-

mo si también le hubiera hecho gracia.

—Sí, bueno, era una forma de hablar. Cavilando. En meditación. O hipnotizado.

—¿Yo, hipnotizado? ¿Por quién? ¿Cómo hipnotizado? — Y ahora ya no pudo reprimir una fugaz sonrisa abierta—. ¿Quieres decir autohipnotizado? ¿Yo a mí mismo? ¿Por la mañana? *À quoi bon?* —Remató en francés, no eran raras las breves incursiones en esa lengua entre los miembros instruidos de su generación y de las precedentes, la segunda que habían aprendido por lo general. Sí, desde muy pronto me di cuenta de que mis pequeñas guasas no eran mal recibidas, casi nunca me las cortaba de raíz sino que tendía a seguírmelas un poco, si no se demoraba más no era por falta de ganas, sólo para que no me le subiera a las barbas demasiado rápido, una cautela innecesaria, lo admiraba y respetaba mucho. Se detuvo tras el francesajo. Levantó la pipa humeante de nuevo para dar énfasis a sus palabras—: El suelo es el lugar más estable, firme y modesto que existe, con mejor perspectiva del cielo o del techo y donde mejor se piensa. Y en este no hay mota de polvo — puntualizó—. Acostúmbrate a verme aquí, porque de aquí no puede uno caerse ni caer más bajo, lo cual es una ventaja a la hora de tomar decisiones, deberíamos tomarlas siempre desde la peor hipótesis, si es que no desde la desesperación y su acompañante habitual la vileza, así no nos ablandaríamos ni nos llamaríamos a engaño. No te preocupes y siéntate, te voy a dictar un par de cosas. Y prescinde de una vez del «Don», mira que te lo tengo dicho. «Don Eduardo» —imitó mi voz, y era un gran imitador—. Me envejece y me suena a Galdós, al que mal soporto con dos excepciones, y eso en obra tan abusiva lo convierte en un déspota. Anda, apunta.

—¿Desde ahí me va a dictar? ¿Desde ahí abajo?

—Sí, desde aquí, ¿qué pasa? ¿Acaso mi voz no te llega? No me digas que hay que llevarte al otorrino, sería un pési-